

JOSÉ JAVIER ABASOLO

LA LUZ MUERTA



erein

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org), si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

1. edición: Marzo de 2012

Diseño de la colección y portada:

Cristina Fernández

Maquetación:

Erein

© José Javier Abasolo

© EREIN. Donostia 2012

ISBN: 978-84-9746-722-3

D.L.: SS - 576/2012

EREIN Argitaletxea. Tolosa Etorbidea 107

20018 Donostia

T 943 218 300 F 943 218 311

e-mail: erein@erein.com

www.erein.com

Imprime: Itxaropena, S. A.

Araba kalea, 45. 20800 Zarautz

T 943 835 008 F 943 130 822

e-mail: edizioak@itxaropena.net

www.itxaropena.net

JOSÉ JAVIER ABASOLO

LA LUZ MUERTA

erein

1



El “Réquiem” de Mozart, interpretado por la Orquesta Sinfónica de Filadelfia, envolvía la sala de autopsias. Todos los patólogos y ayudantes que trabajaban en el Instituto Vasco de Medicina Legal sabían que, cuando eso ocurría, Andoni Zubikarai estaba de guardia y diseccionando un cadáver. En alguna ocasión sus compañeros le habían reprochado, medio en broma medio en serio, lo morboso que resultaba practicar una autopsia teniendo como fondo música de réquiem, aunque estuviera compuesta por Wolfgang Amadeus Mozart, pero el doctor Zubikarai se encogía de hombros y se limitaba a decir que esa música le gustaba y le relajaba, sin que hubiera que darle ningún otro tipo de connotaciones.

—Lo que tendrías que hacer es buscarte una novia, a ser posible con unas grandes tetas y una boca amplia, succionadora, ¿me entiendes?, eso sí que relaja un montón —solía decirle Javier Beraza, un antiguo compañero de facultad que

no entendía por qué se había dedicado a la medicina legal en lugar de a la cirugía estética, “eso sí que da dinero”, añadía con un especial brillo en los ojos, “y de vez en cuando se liga”.

Andoni Zubikarai se acordó de su colega cuando empezó a abrir el cuerpo, o lo que quedaba de él, de la anciana que se encontraba posada encima de la camilla. Siempre había sospechado que cuando Beraza le insinuaba que lo que tenía que hacer era echarse una novia, no le estaba aconsejando, sino que se estaba riendo de él. Cada uno es como es. Y mientras que Javier Beraza había sido siempre el ligón de clase, tanto en el colegio como en la universidad, en los que para su desgracia habían coincidido ambos, él siempre había sido un tipo apocado, más bien tímido, al que le resultaba extremadamente difícil relacionarse con las demás personas, sobre todo con las mujeres. De hecho nunca había tenido novia. Su estreno sexual fue con una prostituta que, tenía que ser así, precisamente le había recomendado Beraza, y no constituyó ningún éxito ni le entraron ganas de repetir. En el fondo se consideraba un tipo normal, no especialmente reprimido, sencillamente le costaba ligar, no sabía cómo conquistar a una mujer, por eso decidió sustituirlas por su dedicación, primero al estudio y posteriormente al trabajo. De existir un forense meticuloso en el que tanto la policía como la judicatura pudiesen confiar a ciegas, ese forense era él, Andoni Zubikarai. Afortunadamente las cosas habían cambiado mucho en los últimos meses, y para bien. Seguía siendo el mejor patólogo de su ciudad, pero además ya no estaba solo. Ainhoa había entrado en su vida.

Ahora, cuando Javier Beraza le hablaba de su última novia (siempre había una “última novia” en la vida de su excompañero de pupitre), ya no le envidiaba ni se avergonzaba ante él, sino que le decía que a ver si se la presentaba y quedaban para cenar un día las dos parejas, para que ellas se conocieran. La antigua inseguridad había desaparecido y ahora podía tratarle de tú a tú, sin complejos, sin tener que aguantar su sonrisa de superioridad o su gesto de conmiseración. Y todo gracias a que Ainhoa estaba con él y había transformado su vida radicalmente.

Un testigo imparcial, desconocedor de los pensamientos más íntimos de Andoni Zubikarai, habría pensado que el forense era un sádico al observar la sonrisa que había aparecido en su rostro mientras manejaba la sierra con la que estaba abriendo la cabeza de la anciana muerta. El propio Andoni se dio cuenta y olvidándose por un momento de Ainhoa se concentró en su trabajo y en el cadáver que estaba examinando. Uno de sus ayudantes lo había lavado y había extraído los fluidos corporales que habrían de ser analizados, preparándolo para la autopsia propiamente dicha.

No había señales de violencia en el cuerpo. En realidad no esperaba encontrarlas. Se trataba del típico caso, triste pero cada vez más habitual, de la anciana que vivía sola y a la que de repente los vecinos echan en falta, tanto porque llevan días sin cruzarse con ella en la escalera como porque un desagradable olor dulzón empieza a instalarse en el rellano, y acaban llamando a la Ertzaintza, o la policía municipal, o los bomberos, ¡qué más da!, al número telefónico que tengan más a

mano, y unos u otros acaban entrando en el domicilio para certificar que tumbada sobre una apollada cama yace una mujer de avanzada edad cuya vida se ha extinguido hace unos días, seguramente por la acción combinada de las enfermedades propias de la edad, la tristeza y la soledad. Pero la legislación procesal dice que cuando alguien aparece muerto y no hay un médico que certifique su defunción, debe practicársele la autopsia. Por eso se encontraba él allí, inclinado sobre el cadáver de quien una o dos semanas antes, la presencia en su interior de los insectos cadavéricos conocidos como “las escuadras de la muerte” indicaban que el fallecimiento se había producido hacía más de siete días, se llamaba María Gómez Dulce, viuda, de ochenta y cinco años de edad, sin hijos o, quién sabe, con unos hijos que se habían olvidado de ella hacía ya mucho tiempo.

El lavado al que había sido sometido el cadáver no había conseguido eliminar su olor a putrefacción, pero a Andoni Zubikarai ese detalle no le desasosegaba lo más mínimo. Le gustaba trabajar en la soledad de la sala de autopsias, con tan sólo un ayudante e incluso, cuando eso era posible, prescindiendo de cualquier tipo de ayuda, un mano a mano entre el cadáver y él, sin intermediarios, era lo que más le colmaba de satisfacción. No se consideraba un tipo morboso, pero era consciente de que la especialidad que había elegido causaba extrañeza entre muchos de sus antiguos compañeros de facultad, sobre todo porque su expediente académico le habría permitido escoger cualquier otra con grandes posibilidades de éxito y mayores rendimientos económicos.

—A ti lo que te ocurre —le dijo en una ocasión Javier Beza— es que no quieres tener responsabilidades, al fin y al cabo los muertos son los pacientes perfectos, no se quejan, no protestan y, sobre todo, no te pueden demandar por ejercicio negligente de la profesión.

Como casi siempre Javier era injusto, pero tenía un punto de razón. Andoni defendía su especialidad a capa y espada, incluso con apasionamiento. Estaba convencido de que ejercía una función importante; en muchas ocasiones sus informes habían sido relevantes para que las investigaciones policiales culminaran exitosamente y más de un asesino hubiera sido detenido, juzgado y condenado por sus crímenes. Además, el examen de los cadáveres, de las causas internas o externas de sus muertes, era importante para el propio ejercicio y progreso de la ciencia médica, servía para que quienes estaban vivos pudieran ser mejor atendidos llegado el caso. Pero en una cosa acertaba su viejo compañero de estudios, no tenía carácter ni estómago para enfrentarse a pacientes y familiares. A él, que no le causaba la menor preocupación abrir cadáveres putrefactos y observar su interior, le proporcionaba auténtico pavor tener que explicar a un padre que su hijo de seis años había fallecido a causa de una leucemia incurable o a una mujer en la plenitud de la vida que un cáncer le carcomía por dentro y le quedaban pocos meses de vida. Por eso se refugió en su especialidad, en sus autopsias, y sólo vivía, valga la paradoja, para ellas. Razón que acrecentaba su aislamiento social y su dificultad para conectar con la parte femenina de la especie humana.

Consecuencia lógica que aceptaba como tal, sin alegría pero también sin pesar.

Volvió a centrarse en el cadáver que estaba examinando y comprobó con satisfacción que la aparente ausencia de lesiones mortales le facilitaba la tarea. Normalmente cuando se sospecha de un modo razonable que la muerte es violenta lo primero que se examinan son las cavidades dañadas. Pero Andoni prefería obrar metódicamente, como le permitían ese tipo de cadáveres en los que lo más lógico era pensar que la muerte se debía a causas naturales, empezando por la extracción del cerebro y continuando con el resto de los órganos.

La música fúnebre compuesta por el genio de Salzburgo aún sonaba cuando Andoni Zubikarai dio por finalizado su trabajo. Todavía quedaba la parte más tediosa del mismo, elaborar el informe por escrito, pero no había ninguna prisa. Como había sospechado, y era lo que por otra parte ya se esperaba, el único asesino que había intervenido en el fallecimiento de María Gómez Dulce era el paso del tiempo o, dicho de un modo más heroico, la necesidad de la especie de renovarse a costa de la muerte de quienes habían sobrepasado con creces los límites prefijados para la propia especie.

—¿Te apetece tomar unas cervezas? —le preguntó Román, el becario que ejercía las labores de ayudante, cuando cerraron la sala de autopsias y salieron a la calle.

Le respondió negativamente, alegando que tenía prisa.

El becario se encogió de hombros, aceptando tácitamente el rechazo a su oferta. En un primer momento estuvo

tentado de contestarle que mientras había estado realizando la autopsia no había dado señales de tener prisa, pero se calló. Apreciaba a su superior, pese a su hermetismo y carácter taciturno, por eso solía animarle a hacer algo de vida social de vez en cuando, aunque tan sólo fuera el tomarse un par de cervezas mano a mano. “Quizás se haya echado una novia”, pensó durante unos instantes. Pero desechó la idea. Seguramente le vendría bien, como a cualquier representante masculino del género humano, tener una mujer que le hiciera compañía, pero no conseguía imaginarse a Andoni Zubikarai en la cama con una rubia despampanante o, puestos a no ser muy exigentes, con una morena feúcha. Y no porque dudara de las tendencias sexuales de su jefe. Lo mismo daría que fuera homosexual. Su falta de habilidades sociales le incapacitaba tanto a la hora de relacionarse con mujeres como con hombres. No pudo evitar sonreírse al imaginarse a su jefe desnudo en la cama con uno de los luchadores estrellas del “pressing catch”. Todavía estaba sonriendo cuando salió de la sala de autopsias tras despedirse con un escueto “pues bueno, si no me necesitas más, hasta mañana”.

Andoni Zubikarai recibió con alivio el gesto de despedida de su ayudante. Le apreciaba, y era consciente de que ese sentimiento era recíproco, pero necesitaba estar solo. Cada segundo de más que Román le robaba a su soledad, más nervioso e irritable se ponía. Quería llamar a Ainhoa y lo hizo cuando comprobó que no había cerca nadie que pudiera oírle. Más que sacar de su bolsillo el móvil se abalanzó

sobre él y con la misma torpeza y excitación con la que un niño rasga el papel que envuelve su caramelo favorito, localizó en la agenda el nombre de su novia. ¿De verdad eran novios? Esa palabra no había sido utilizada jamás por ninguno, bueno, daba igual, tenían una relación y la palabra “novia”, aunque quizás no significara lo mismo que para el resto de la gente, era lo suficientemente expresiva, y la llamó.

Afortunadamente Ainhoa no debía estar ocupada, ya que contestó después de escuchar el primer tono de llamada.

—¡Andoni, qué sorpresa! —Ainhoa siempre decía lo mismo cuando respondía a sus llamadas. Al principio pensaba que quizás estuviera sorprendida, pero más tarde se dio cuenta de que era una frase hecha. Sin embargo le gustaba, le sonaba bien, daba la impresión de que cada vez que él la llamaba, ella disfrutaba de una agradable sorpresa.

—Pensaba haberte llamado antes, pero no he podido. El trabajo, ya lo sabes. Iba a salir del Instituto cuando ha surgido la necesidad de realizar una autopsia de última hora y como no había nadie más de guardia no he tenido más remedio que hacerla personalmente.

—¿Una autopsia? ¿Cuándo has acabado? —Andoni podía notar perfectamente la excitación en el tono de voz de Ainhoa.

—Ahora mismo como quien dice. Vamos, que no hará ni quince minutos.

—¿Vas a venir?

—¿Tú qué crees?

—Pues date prisa, que ya me estoy impacientando.

Andoni siempre había sido un conductor prudente, incluso timorato, pero recorrió raudo y veloz la distancia que había entre la calle Barroeta Aldamar, en la que se halla enclavado el Instituto Vasco de Medicina Legal, y el nuevo aparcamiento público que habían abierto en el Arenal. Incluso pensó que quizás hubiera llegado el momento de cambiar de vehículo. Su viejo Peugeot 309 contaba ya con más de quince años y aunque aún se encontraba en perfecto estado ya no se adecuaba a su nueva personalidad. Tal vez tendría que comprarse un deportivo, un coche más juvenil, que le diera un aire más moderno. El dinero no constituía ningún problema, tantos años sin apenas hacer vida social habían contribuido a aumentar sus ahorros por encima de lo habitual en cualquier otra persona que tuviera su edad y un trabajo de similares retribuciones económicas.

Se daba cuenta de que Ainhoa le estaba cambiando, y le gustaba. Incluso había transformado su forma de vestir, ya no utilizaba exclusivamente trajes oscuros y camisas blancas o azules, había empezado a combinar otros colores, siempre en tonos suaves, todavía sentía aversión a los colores chillones, pero al menos había ido ampliando no sólo su vestuario sino su mente. De hecho, ahora llevaba puesta una prenda que hacía muy pocos meses no se hubiera atrevido a lucir: una camisa rosa. Cuando se la regaló Ainhoa no se atrevió a decirle que esa ropa no iba con él, que no era su estilo, pero ahora se la ponía siempre que podía, sobre todo cuando iba a quedar con ella, y hoy sabía que iba a acabar acudiendo a su casa.

Salió del aparcamiento y se introdujo en la vorágine del Casco Viejo. Los comercios aún no habían cerrado y la gente pululaba de aquí para allá, haciendo las últimas compras o, simplemente, observando los productos que se exponían en los escaparates de las tiendas y penetrando en su interior para pedir más información sobre los mismos. Habitualmente cuando Andoni Zubikarai bajaba a las Siete Calles se acercaba a la Plaza Nueva, que casi ciento sesenta años después de haber sido construida aún conservaba ese nombre, y comía un pincho en cualquiera de los bares o restaurantes que se cobijaba bajo sus pórticos. Pero en los últimos tiempos esa gastronómica costumbre había desaparecido. Ya no le gustaba perder el tiempo recreándose con las delicias culinarias que le ofrecía el Casco Viejo, menos aún cuando en un ático abuhardillado de la calle Bidebarrieta, muy cerca de la Biblioteca Municipal, le estaba esperando, ansiosa, Ainhoa.

Aunque tenía llave le gustaba el juego de llamar al timbre, sentir cómo Ainhoa le observaba tras la mirilla de la puerta y escuchar cómo le preguntaba, con una voz insinuante que arrastraba las palabras, “¿quién es usted, caballero, y qué desea de una mujer indefensa como yo?”, antes de contestar “soy el lobo y vengo a comértelo todo”. Sabía que si contara a alguien lo que se decían en esos momentos habría pensado que eran los perfectos candidatos a ganar la medalla de oro en unos juegos olímpicos de la cursilería, pero no le importaba mientras estuviera con ella. Además, en cierto modo era verdad, por primera vez en toda su vida

se sentía como un lobo, ágil, fuerte, implacable y capaz de comérselo todo.

Cuando Ainhoa le abrió la puerta comprobó que se había estado preparando para recibirle. Debajo de una bata de seda roja semitransparente se adivinaban un minúsculo tanga, bajo el que sobresalían unos escasos y rizados pelos negros, y un sujetador que apenas cubría sus pezones, ambos de color negro. No había cerrado aún la puerta cuando ya se había abalanzado sobre ella, intentando desembarazarla de la bata.

–Llevas la camisa que te regalé –le dijo sonriente Ainhoa–. ¿Significa eso lo que pienso que significa? Porque si es así tendrás que quitártela y me daría mucha pena.

–A mí no me da ninguna –contestó Andoni, y demostró que lo que decía era verdad, quedándose con el torso desnudo.

Las uñas pintadas de rojo de Ainhoa le arañaron el pecho, recreándose morosamente en las tetillas, mientras restregaba su cuerpo contra el suyo.

–Hueles a muerto –le dijo Ainhoa cuando tomaron aliento después del largo y húmedo beso que acababan de darse–. Sí, hueles a muerto, mi amor, hueles a cadáver –movió su nariz como si estuviera olfateándole–. Me encanta, y tú también, tú también me encantas, cariño. Vamos, cógeme con tus fuertes brazos de forense y llévame a la cama, no perdamos más tiempo.

Andoni Zubikarai sabía que no olía a nada más que al perfume, fresco y varonil, por supuesto, que acababa de

echarse tras finalizar la autopsia, pero no la contradijo. Si Ainhoa decía que él olía a muerto, entonces él olía a muerto y no había nada más que hablar, así que obediéndola la tomó entre sus brazos y la transportó hasta la inmensa cama que ocupaba, casi en su totalidad, la única habitación del pequeño apartamento.

Cuando llegaron al clímax casi simultáneamente ambos profririeron unos chillidos que hubieran hecho enmudecer al propio Johnny Weissmuller en su papel de Tarzán. Andoni Zubikarai pensó durante unos breves instantes que quizás tendría que hablar con Ainhoa para intentar moderar, en el futuro, su euforia. Estaba convencido de que todos los vecinos de la casa se habían enterado de lo que acababan de hacer pero luego lo pensó mejor y mandó a la mierda esa idea. Al fin y al cabo no estaba nada mal que se hubiera dado la vuelta a la tortilla y ya no fuera él quien se quedara frustrado escuchando lo bien que se lo pasaban sus vecinos. Sí, las cosas habían cambiado. No le importaba. Todo lo contrario, lo deseaba con todas sus fuerzas. Que todo el mundo supiera que, efectivamente, habían cambiado las tornas y que él, Andoni Zubikarai, hasta entonces un triste y apocado médico forense por el que nadie hubiera apostado nunca, se había convertido en un hombre nuevo.